

que están aguas arriba, en el flanco violento de la montaña, donde el idioma zend no está contaminado de griego y donde es infrecuente la lepra...» Aquí el fluir va determinado por la anáfora «nadie» que suelda en continuidad las sucesivas oraciones del período. Es un discurrir lento, poético. La poeticidad del párrafo se manifiesta en la adjetivación: unánime (de sabor rubeniano) e infinitas, antepuestos, epítetos. Y en los especificativos sagrado, taciturno, violento. Esta adjetivación escogida es característica de un texto poético. El párrafo permanece en lo indeterminado, en la no certeza lógica, impregnado de una metafísica inconcreta, ambigua, poética.

El comienzo de *Cien años de soledad* es poético, cuentístico. Aparecen las adjetivaciones como: «diáfanas» (aguas), pulidas, blancas y enormes (las piedras), intensificación. Hay una poeticidad primitiva, cercana a la del *Génesis* cuando García Márquez escribe: «El mundo eran tan reciente que muchas cosas carecían de nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Era la edad de oro, el paraíso perdido.» El mismo título *Cien años de soledad* es una exageración y una metáfora. Toda la obra de García Márquez está llena de hermosas exageraciones poéticas, que nos remontan a leyendas o a cuentos infantiles. (No se olvide que el lenguaje poético es «recurso» en la terminología de los formalistas rusos⁹, pero también exageración como en García Márquez, desproporción o distorsión como en Valle-Inclán). García Márquez exagera en *Cien años de soledad* o en sus cuentos. «El ahogado más hermoso del mundo», «El último viaje del buque fantasma» o en «La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada». Exagera en *El otoño del Patriarca*. Cien años de soledad son muchos años. Pero podían haber sido mil o toda la vida. El ahogado es un cadáver enorme y enorme es el buque fantasma. (Hasta la «vida» del patriarca es enorme). La «cándida Eréndira» es en realidad una prodigiosa puta, aunque explotada por su malvada abuela. No conservará la virginidad que sólo se pierde una vez, pero sí la candidez, porque no es culpable. En García Márquez la poeticidad es la hipérbole¹⁰. La metáfora es una exageración. El mundo de García Márquez es una metáfora de la realidad.

El mito también es poesía. La poesía es el mito verbalizado. El mito según el DRAE es una fábula, ficción alegórica, especialmente en materia religiosa. Mitificar es verbalizar, inventar. (¿Qué mayor invención o creación que el lenguaje?) En el principio el profeta era poeta; o al revés. Un mitificador, reinventor de la realidad. La civilización ha sido una tarea de desmitificación. Llegar de nuevo, a través de la ciencia o el experimento a la realidad real. Lo que sucede es que esa realidad no es nada interesante o es obvia. Así que los llamados realistas han descubierto la obviedad. (¿Para qué desvivirse o suicidarse descubriendo una metáfora? Ya se sabe que es una tontería. No hace falta escribir novelas o tratados de realidad para llegar a tales filosofías).

Los novelistas hispanoamericanos, aunque cultos, con títulos académicos y monsergas de buena educación a la europea, han bebido en la tradición oral de sus pueblos, en esa continua poesía, donde se aúnan la canción y las creencias, las

⁹ Véase el libro clásico de Victor Erlich: *Russian Formalism*, Mouton-La Haya, o la traducción de Jem Cabanes *El formalismo ruso*, Seix Barral, 1974.

¹⁰ Así Jaime Mejía Duque ha podido titular un trabajo, *El otoño del patriarca o la crisis de la desmesura*, La Oveja Negra, Medellín, Colombia, 1975.

supersticiones y las experiencias, los cruces de culturas dispares y las nuevas reencarnaciones, la verdad mítica y los adelantos científicos, la civilización y la naturaleza, Dios y los dioses, la magia y la dialéctica. De su criollismo de culturas dispares, nace su identidad, su diferencia. La cultura hispanoamericana no es racionalista a la francesa, ni empirista a lo anglosajón; tampoco es trágica, a la española. (Para ellos el toreo, como la religión, es más una fiesta que una ceremonia.) Viven con más goce que los españoles; con mayor ingenuidad. No hay maldad o madurez en su literatura. Allí no ha habido todavía un Gracián, Quevedo, Goethe; o Sartre, Unamuno o Papini. No hay «angustinianos». (agustinos, angustiados, desde San Agustín, Pascal hasta Unamuno o G. Marcel). Poseen el sentimiento lúcido de la vida, y puede que hayan superado la tragedia india y la tragicomedia española. Es una literatura nueva, moderna, que abre nuevos caminos al fin de la novelística europea, envejecida en el «Nouveau roman».

La cultura avanzada, tecnologizada, significa la muerte del mito. La leyenda no se leía, se escuchaba. Los héroes épicos, lo eran en el invento de la palabra de los aedos, rapsodas y juglares. Los poetas populares son sabios, pero no cultos. Como Homero, Shakespeare o Lope. Culturizarse, educarse en universidades acartonadas, bibliotecas polvorizadas, salones de postizos y apariencias es des-naturalizarse. América es una tierra —yo no diría que virgen a estas alturas de explotación—, pero sí joven, donde la ilusión está todavía unida a la realidad. Allí la imaginación no es la loca de la casa, sino la dueña, a quien los poetas sirven, seducen, pero no olvidan. Imaginar es crear imágenes. Y la poesía es un lenguaje de imaginación, donde se destruye y recrea la palabra, principalmente por medio del simil y de la metáfora.

El lenguaje de los narradores hispanoamericanos es lírico, metafórico. Se alude a la realidad pero se la elude. La realidad, y hasta la brutalidad a veces, es desmontada de su forma vulgar, para convertirse en imagen nueva. La realidad es una, pero sus retratos pueden ser múltiples. El escritor, a través de su capacidad creadora, acierta a crear las distintas imágenes de esa realidad. A los europeos nos sorprende la mitificación de la narrativa hispanoamericana, acostumbrados a contemplar una realidad desmitificada. La magia seduce y gana la partida a la obviedad.

La «narratura» hispanoamericana (narrativa de la naturalidad o de la naturaleza) como la poesía, es metafórica, va más allá de la realidad, es imagen. *Cien años de soledad*, *El túnel*, *Paradiso*, *El llano en llamas*, *El siglo de las luces*, son metáforas, raptos de la realidad, sustituciones. La metáfora del relato es la parábola. Parlar viene de parabolare. Y escribir es parlar uno mismo, sin finalidad práctica, en el vicio de la creación. Una parábola es más que un ejemplo didáctico, es una invención poética. Los escritores hispanoamericanos son grandes parladores; en ellos, la palabra mana con la fluidez natural del manantial. Han ensayado la poesía, la han ensanchado en la novela moderna.

Volver a la poesía, después de la pregonada muerte de la novela, es volver al comienzo del círculo. En principio fue la lírica, luego la épica. A la novela se la llamó épica degradada. Y el realismo, llevado a los extremos de la obviedad, fue la degradación de la novela. En castellano, los intentos de la llamada novela poemática, no cuajaron. Se dice que Pérez de Ayala fue un novelista intelectual (¿dónde su

intelectualidad de filósofos remendones?) o que Jarnés sigue siendo un novelista olvidado, no leído. Los grandes poetas, sirva el ejemplo de la generación de 1927, no se «ensucian» en novelistas. La prosa es considerada como una corrupción del poema. Juan Ramón cuando escribía prosa poética sólo pensaba en escribir poemas. Los narradores hispanoamericanos han escrito desde su condición de poetas, sin preocuparse por los géneros literarios, sin forzar su escritura. Crear poemas es una violación de la realidad. Esta «narratura» es un goce relajado, un fluir natural, sin apocamientos, sin interrupciones.

Como en el poema, en la novela hispanoamericana se oscurece la anécdota y brilla la emoción. No interesa tanto lo que sucede, que a veces no sucede nada, sino cómo sucede. Es característico el «tempo largo», la oración ensanchada, complementariedad en el discurso.

Decía Hölderlin que poetizar es «la más inocente de todas las ocupaciones». La inocencia es la ingenuidad de los pueblos o razas jóvenes. La cultura es una perversión de la ingenuidad, un envejecimiento. Poetizar es jugar, inventar lo imaginario, lo que no es real ni sirve para nada. La literatura europea no es un juego, sino un trabajo muy serio, del que pocos viven y algunos mueren, desde Flaubert y Sartre, a Galdós o Aldecoa. El poeta, salvo los locos, escribe por vicio o por martirio; sin embargo el novelista de estos y otros pagos, piensa ganar dinero con sus novelas, hacerse rico: *Premio Cervantes* o el *Nobel* por lo menos. Ya es corrupción o sueño. El poeta no es un «traidor» a la realidad, pues se muestra auténtico, y no fingidor¹¹. (Este es un poeta cortesano). Los escritores hispanoamericanos no nacieron en cortes, ni siquiera virreinales, y la mayoría desdeñaron los salones de los aristócratas por el compromiso, la tierra y la libertad. La poesía no es una «realización» de la realidad, pero sí es a veces una subversión de la realidad. Desde Vallejo o Neruda, hasta Paz y el mismo Borges «revolucionario reaccionario» que algunos dicen, en la con-fusión de las palabras antitéticas, en el contraste y en el barroquismo de conductas y pareceres. Balzac también fue revolucionario, precursor del realismo social, tal vez a su pesar.

La textura de la narrativa hispanoamericana no está aún determinada por el viejo y siempre nuevo problema de la unión entre fondo y forma, sino en la fusión entre poesía y prosa, en la «narratura» de la ingenuidad y la sabiduría, en la fusión de mito y realidad, historia e invención, magia y ciencia, en la resolución armónica de antítesis. Se equivocan quienes creen todavía, «esos realistas incomprensidos», que la narrativa hispanoamericana es una moda efímera. Es sabido que detrás de toda moda viene luego la imitación y el servilismo. Esta narrativa no es el «boom» de García Márquez, Cortázar, de Fuentes o Vargas Llosa. Su innovación, su modernidad, ya estaba en Asturias o Borges, en Carpentier o en Lezama Lima. Ellos son los creadores de una nueva poesía en la narratividad, de un discurso poético dilatado, donde los poemas se destruyen en la narración, discurrir continuo, en un ritmo renovado, amplio, sugeridor. Es la orgía de una literatura total, sin géneros, donde Comala, Santa María o Macondo son metáforas del universo, palabras de la palabra, parábola. Donde leer

¹¹ La idea del «poeta fingidor» ya estaba en Petrarca. Pessoa, Luis Rosales y Angel Crespo han vuelto a insistir en ella en nuestros días.



Rubén Darío leyendo una conferencia en el teatro Colón, de Buenos Aires.

es jugar a la rayuela, errar por un túnel tan real como imaginario, vivir el tiempo circular de cien años o varias vidas en soledad, andar caminos que se bifurcan y no llegar a ninguna parte, volver desde las sombras cotidianas al siglo de las luces, contemplar de cerca la enormidad, anormalidad, de un dictador... Leer y recrear Hispanoamérica.

AMANCIO SABUGO ABRIL
Urbanización «Los Llanos», 1
VILLALBA (Madrid)